

REPUBLICANOS EN LA MEMORIA: AZAÑA Y LOS SUYOS

Ángeles EGIDO LEÓN, ed.

Eneida (2006)

Una eficaz manera de captar el ambiente histórico de una época es el de evocar a algunos personajes que, sin formar parte de ese reducido grupo de grandes figuras mencionadas en todos los manuales, jugaron un papel de cierto relieve y dejaron tras de sí suficiente documentación como para que sea posible reconstruir su trayectoria vital. Así, para entender el republicanismo español, es necesario que junto a estudios sobre los partidos en que se organizó y sobre sus líderes más representativos, como Azaña o Lerroux, se escriban obras sobre aquellos otros, menos conocidos, que le proporcionaron sus cuadros políticos e intelectuales. Es lo que han intentado, con desigual fortuna, los colaboradores de *Republicanos en la memoria*, un volumen que en conjunto proporciona muchos datos sobre cómo eran los protagonistas de ese primer intento de democracia española que fue la II República.

Algunos de ellos tuvieron en determinado momento responsabilidades de primera magnitud. Es el caso de Santiago Casares Quiroga, jefe de gobierno en la primavera de 1936, y de José Giral, quien le sucedió en el cargo tras el alzamiento militar de aquel infausto mes de julio. Acerca de este último se publicó en 2004 un libro, *Vida y obra de José Giral Pereira* (México, UNAM), en el que se recogen sus recuerdos, transmitidos por su hijo Francisco, recuerdos que Ángeles Egado glosa en el libro que comentamos, en el que continúa su labor de editora de obras colectivas sobre el republicanismo español. Pero la mayoría de los políticos cuya trayectoria se traza en *Republicanos en la memoria* no tuvieron responsabilidades de tal magnitud y sólo algunos estudiosos recuerdan hoy su nombre, aun-

que esto no significa que sus biografías carezcan de interés. Es el caso de Ángel Ossorio y Gallardo, que comenzó su carrera política como seguidor de Antonio Maura, se definió como «monárquico sin rey» tras la decepción que le supuso el apoyo de Alfonso XIII a la Dictadura, y llegó a ser embajador de la República en plena guerra civil, para concluir su vida como ministro del gobierno en el exilio de José Giral. O de Bibiano Fernández Osorio-Tafall (cuya afición a cambiar el orden de sus apellidos sigue complicando la vida a quienes compilan índices onomásticos), catedrático de enseñanza media, militante del republicanismo gallego y, en la etapa final de la guerra civil, hombre de confianza de Negrín y Comisario General del Ejército de Tierra.

Entre los militares republicanos sólo uno, Juan Hernández Saravia, es evocado en este volumen, pero la semblanza que de él ofrece Manuela Aroca es particularmente rica en información. Hernández Saravia, católico sincero, fue uno de esos oficiales de artillería que se incorporaron a la conspiración republicana tras el conflicto entre su cuerpo y el dictador Primo de Rivera. Estrecho colaborador de Azaña en las reformas militares del primer bienio republicano, impulsor más tarde de la Unión Militar Republicana y Antifascista, fue en la etapa final de la guerra civil jefe del Grupo de Ejércitos de la Región Oriental y ocupó más tarde puestos relevantes en el gobierno del exilio. Murió en 1962 y pocos investigadores habían prestado hasta hoy suficiente atención a su figura.

El primer tercio del siglo xx fue una época de florecimiento de la vida intelectual y artística española, un florecimiento que la guerra civil y la victoria de Franco truncaron trágicamente. En aquellos años conflictivos fueron además bastantes los universitarios o escritores que optaron por completar su actividad intelectual con un compromiso político, y varios de ellos son recordados en el volumen que comentamos. Es el caso de Mariano Ruiz-Funes, diputado de Izquierda Republicana, ministro de Agricultura en la primavera de 1936, embajador durante la guerra civil, y además destacado penalista y criminólogo, primero en España, donde fue catedrático en la Universidad de su Murcia natal, y más tarde en México, donde llegó a serlo de la UNAM. Es el caso también de tres catedráticos de la Universidad de Valencia de los que se ocupa *Republicanos en la memoria*: Juan Peset, especialista en medicina legal y toxicología, José Puche, fisiólogo, y José María Ots Capdequí, historiador del derecho de Indias. Particularmente trágico es el caso de Juan Peset, miembro de una larga saga de ilustres médicos valencianos y rector de aquella universidad, condenado a muerte por «adhesión a la rebelión» y ejecutado en 1941, en una muestra más de la inconcebible ferocidad represiva del primer franquismo, que entre otras cosas se proponía erradicar la tradición de la intelectualidad liberal. Y es otro miembro de aquella familia, Mariano Peset, quien traza en el presente volumen una muy documentada e interesante semblanza de Ots Capdequí, un catedrático que había tenido escasa actividad política hasta julio de 1936, pero que se incorporó, como responsable de universidades, al equipo del misterio de Educación en plena guerra civil y, tras la derrota, hubo de exiliarse a Colombia. Ots

Capdequí pudo regresar a Valencia en 1953, pero no recuperó su cátedra hasta 1962, en vísperas de su jubilación.

No es necesario mencionar aquí el elenco completo de los biografiados en el volumen que comentamos, dieciseis en total, pero no quisiera concluir sin citar a dos figuras del mundo del teatro, el director Cipriano de Rivas Cherif, fraterno amigo de Azaña, y la gran actriz Margarita Xirgu.

Juan Avilés